

INVITACIÓN AL OCIO

Antonio CARVAJAL

Motril, 12 de junio. 2017

Para José Enrique Martínez

Querido José Enrique: Motril te aguarda. Aquí tienes amigos que te esperamos y te ofrecemos casa para acogerte, con mesa bien abastada y cama muelle, y llaves para que entres y salgas a tu albedrío. El clima suele ser benigno y, cuando no lo es, tiene matices poco comunes, pues los vientos acostumbran a ser brisas, no suele porfiar el cierzo con el ábrego, y los de levante y poniente son tan comunes que pocas veces se exceden y el uno casi nunca tiende a lebeche y el otro sopla como céfiro. Ya no se cultivan la caña de azúcar ni el algodón, sino ladrillo, ferralla y cemento en suelo agrícola de protección especial, pero se mantienen destilerías de ron y alguna palabra hermosa en la memoria de quienes vivieron los finales de la zafra: taramela; por el contrario, la cesta de Pomona abunda en frutos suculentos: chirimoyo, mango, aguacate, guayaba, papaya, níspero, lima, limón, mandarina, naranja, mánganos (o sea, guisantes) y variopintas variedades de tomate, pimiento, alubia y cuanto inverna bajo plástico y hace sudar la gota gorda.

Con altas sierras que al cielo desafían (desde la playa se contempla con placer el blanco festón de Sierra Nevada), el pueblo está en una ladera y mira al mar, de manera que todo lo que ocurre a sus espaldas suele percibirse como asunto ultramontano. Con dientes de espuma y labios de cielo, según lo cantó Federico García (digno de una emperatriz), el mar sonríe cerca y de vez en cuando, con triste frecuencia, deja en la costa cuerpos de inmigrantes, las más veces vivos, otras muertos. Estamos muy cerca de la mártir África, nos une a ella una línea marítima cómoda y segura, pero los pobres negros no pueden adquirir legalmente el pasaje y pagan hasta con su vida lo que se les promete y se les niega. Así que como no acudes a esta pequeña patria de acogida, sordo a nuestras ofrendas y posponiéndolo todo al equívoco día de la jubilación, como muestra de nuestro afecto te dediqué en mi primer libro publicado tras mi encaje en Motril este poema:

TRAS LA ARRIBADA
(Soledad enésima, II, fragmento, p/e)

A José Enrique Martínez Fernández
al ver su carne convertida en carne
que participa de la estrella dura
y el molusco sin límite de miedo
F. G. L.

A una Libia de ondas su camino
fieron, su vida a un leño.
Del mar de España, pues, antes sorbidos
y luego vomitados,
a compañera grávida solícitos
supervivientes salvos
oscuro compasivo tejen coro
de azabache trenzado en torno al ébano.

No la madera dura es más que el cuerpo
de la que madre ya sus muslos muestra
limados del sudor más que los cantos
que rodó Guadalfeo están del agua.
De dolor y de angustia extenuada
mira su carne en carne convertida
y a líquido coral mezclada arena
gris y brillante que al recién nacido
errante de lucero aspecto presta
mientras resbala en la ribera sorda
espuma que las olas fresca baten.

Degollada en el ara
ternera no mostró temores tantos
en sus ojos. Metálicos desgarran
silbos aires y oídos
de los sufridos naufragos que en vano
venera se quisieran protectora
de aquella que, antes piedra y ya molusco
segregador de negra perla, teme
y aguarda un fin o a su desdicha o vida.

La voz armada, el puño amenazante,
hombres de vegetal llegan vestidos,
el negro acotan grupo
y con delicadeza el más piadoso
se inclina y por los labios de la madre
agua desliza dulce, mientras ella
de sus párpados lágrimas exprime
o que resbalan en la noche estrellas
de su piel. Toma al hijo y, grano a grano,
con la lengua de escrúpulos lo limpia,
y diamante cálido coloca
lo entre sus pechos, orgullosas valvas
convexas donde joya luce exenta,
y se deja llevar hacia los montes
que —de nieve armados—
gigantes de cristal tanto los teme
cuanto el cielo les tiembla.

El fuego en mi poder es y no es un libro apresurado. Me urgía dar a conocer el poema final, «Concerto grosso», dedicado al compositor francés Jean-Dominique Krynén, artista verdadero cuya obra *Cinco poemas del Romancero gitano* se estrenó en Granada bajo los auspicios de la Universidad como cierre de la conmemoración del octogésimo aniversario de la publicación del *Romancero gitano* de Federico García Lorca, con unánime aceptación y aplauso del público asistente y la calculada ausencia rencorosa de los herederos oficiales del poeta, que no asistieron a ninguno de los actos que programé como director de la cátedra homónima, que entonces dirigía, porque invité a pronunciar una conferencia a un profesor que no les era grato ni a ellos ni al círculo de mentirosos e inconstantes que los rodeaba; la inquina llegó a que la voz cantante del coro hereditario se alzara con vigor amenazando con retirar a la Universidad de Granada el permiso para usar el nombre de su tío, digno según esa voz de equipararse sólo con los grandes genios creadores contemporáneos, lo que no impedía que mientras ignoraban la obra de Jean-Dominique Krynén permitieran que por las emisoras comerciales se oyera una copla aflamencada con los versos iniciales del «Romance sonámbulo» al servicio publicitario de una industria de productos cárnicos, especialista en chorizos y otras guarrerías españolas. «Conozco el hombre y su maldad», digo en un momento de mi aludido poema; debí añadir «porque la he padecido».

Me urgía dar a conocer el «Concerto...» porque está escrito en setenas (otros prefieren llamarlas septinas), la sección III de estrofas con duplicaciones, bajo el impulso de un estudio de Isabel Paraíso sobre las sextinas de Dante. Juzgué que para que los lectores llegaran a penetrar mejor en poema tan complejo era necesario que siguieran un camino de iniciación para que se acostumbrara a decirse

nuevos contrastados con otros más sujetos a los cánones heredados. Y en esto, como la vida no para de dar sorpresas, Jesús Ponce Cárdenas me invita a participar en homenaje a Góngora por el IV Centenario de las *Soledades*, el Centro de estudios lorquianos de Fuentevaqueros me propone algo semejante, pero uniendo la obra de Don Luis con la de San Federico y el profesor Rosario Trovato, traductor al italiano de la *Fábula de Polifemo y Galatea*, me acucia para que vaya a Sicilia y me ofrece su casa. Pues bien, en los años 80 del pasado siglo me divertí escribiendo un par de fragmentos de una soledad enésima con tema que el insigne cordobés no había considerado, la soledad de las ciudades. Repasé aquellos textos y los vi suficientes pero inoportunos; habían cumplido su doble misión: poner en cuarentena la vanidad de Rafael Alberti titulado la suya «Soledad tercera», entiéndase la que se colocaba en posición inmediata tras las dos del maestro, y parodiar la pedantería de aquella promoción de bachilleres que, estudiantes de preuniversitario durante el curso 1960-61, habían recibido por fascículos los estudios de Don Dámaso Alonso sobre el *Polifemo* y creían tener en su poder las claves del decir gongorino. El momento pedía más: recuperar a Don Luis como altísimo ejemplo del arte del concepto (como nos enseñó Gracián) y no olvidar las censuras de Pedro de Valencia, en especial las referidas al decoro, sobre todo si se pretendía primar lo narrativo, aspecto que, en mi opinión, justifica el apelativo de ‘Homero español’ con que sus contemporáneos lo honraron. Y he aquí que los necesarios azares de la vida me ofrecieron dolorosamente el asunto: naufragos y desdeñados, el mar vomitó cadáveres en la costa de Catania, y allí estaba yo, viéndolo doloridamente, padeciéndolo tanto que me sentí espoleado por las palabras de Pedro de Valencia, pues hay asuntos que no permiten ni metáforas que impidan ver la cruel realidad con su brillo verbal deslumbrante, ni hipérboles ingeniosas ni chistes más o menos velados; de ahí, mi «Elegía catanesa», trufada de citas gongorinas y alguna más que hacía al caso: la ‘bárbara Europa’ es un dicitario de Manuel José Quintana contra la esclavitud de los negros. Y negros arribaron un buen día en patera a las playas de Motril, con la buena estrella de que venía una hermosa mujer preñada que parió apenas puestos los pies en la arena: milagrosamente, el niño negro que acababa de nacer español garantizaba la vida de la madre y prendía la piedad en su entorno. Ahora sí me era permitido metaforizar, hiperbatizar, dejar unas gotitas de guasa en los labios de mis lectores. Los triunfos de la vida pueden y deben celebrarse en todos los tonos, aunque la cerquen armas y la acorralen leyes. Pero no suelo escribir a gusto si no tengo presente un destinatario de mis palabras. Por ello las dirigí hacia ti, que con tan cuidadosa generosidad captas cuando de estético hay en lo ético y cuanto de bueno hay en lo bello que lees y explicas. Nada mejor puedo ofrecerte que este himno a la vida, una vida que te deseo larga, fecunda y feliz, descansada en la paz de tu hogar y sabiendo que tienes otro ofrecido por un corazón fraterno.